

“Una lectura obligada para cualquiera que tenga problemas de disforia de género o para aquellos que quieren comprender el tema transgénero”.

El testimonio de Laura sobre el poder de Dios es impresionante y real. Dios eliminó el dolor y la confusión que una vez definieron su vida y convirtió a Laura en una embajadora de su reino. Su asombroso relato sobre la ministración metódica, tierna e integral de Dios a su vida, ayudará a rescatar a otras personas atrapadas en la confusión de su identidad sexual.

De transgénero a transformada también alentará a aquellos que se sienten tentados a perder la esperanza de que Dios escuche y responda sus oraciones.

—**Meeke Addison**, American Family Association,
locutora y presentadora de radio

Este libro es una lectura obligada para cualquier persona que tenga problemas de disforia de género o para aquellos que quieren comprender el tema transgénero. Laura no se inhibe en contar su experiencia desgarradora, y revela lo que no sabía antes de hacer la transición a hombre, así como el precio que pagó por creer las mentiras de las comunidades médicas y LGBT, que afirman que es posible cambiar de género. Su historia, sin embargo, también revela cómo Dios, con paciencia y amor, la restauró para que fuera la mujer que Él destinó que sea.

—**George Carneal**, autor de *From Queer to Christ*

En medio de la confusión moral de nuestros días y en medio de una cultura que nos convence de seguir los deseos pecaminosos del corazón, Laura Perry Smalts nos comparte el testimonio del poder transformador y redentor de nuestro Dios cuando nos rendimos por completo al señorío de Cristo y abrazamos su buen diseño y voluntad para nosotros.

El testimonio de la obra de Dios en la vida de Laura traerá esperanza en medio de la oscura y confundida generación en la que vivimos. No hay oscuridad tan profunda que Jesucristo no pueda redimir con su poder y su gracia redentora.

—**Laura González de Chávez**, directora,
Aviva Nuestros Corazones

DE TRANSGÉNERO
a
transformada



**Una historia de transición
que te hará verdaderamente libre**

Laura Perry Smalts



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título original: *Transgender to Transformed*, copyright © 2019 por Laura Perry. Publicado originalmente en Estados Unidos por Genesis Publishing Group, Bartlesville, Oklahoma. Traducido y publicado con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *De transgénero a transformada* © 2023 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de la Santa Biblia, NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL®, © 1999, 2015 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5028-0 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6991-6 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7092-9 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 32 31 30 29 28 27 26 25 24 23

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

*A las numerosas personas que están atrapadas
en las mentiras del transgenerismo:*

Conozco el dolor que ustedes experimentan, así como la tarea aparentemente imposible de negar quiénes creen ser. Ruego que este libro los lleve a la verdad que me hizo libre, y les dé la fuerza y el valor para dejar toda su vida atrás y seguir a Cristo.

A las familias de quienes viven como transgénero:

Sé que ustedes se afligen por sus hijos y seres queridos, como lo hicieron mis padres, y anhelan verlos llegar a la fe en Cristo y ser libres del pecado que los tiene cautivos.

Ruego que nunca dejen de orar por ellos y que Dios use este libro para darles un rayo de esperanza cuando piensen en su ser querido.

Contenido



<i>Prólogo del Dr. Everett Piper</i>	9
<i>Introducción</i>	13
1 El choque con una niña de voluntad firme	19
2 La búsqueda de significado	27
3 La invasión de las tinieblas	37
4 Un cambio de mentalidad, pero no de corazón	61
5 Un nuevo “salvador”	83
6 Las profundidades de la desesperación	91
7 La promesa de libertad	103
8 La celda de mi prisión	119
9 La resurrección	133
10 Una vida nueva	163
11 ¿Cuál es la importancia?	183
<i>Reconocimientos</i>	205

Prólogo



Los defensores del movimiento transgénero actual proclaman que nadie debe verse condicionado o restringido por las limitaciones de su cuerpo físico. Creen que, después de todo, el argumento “nací así”, en realidad, es una mentira. Afirman que somos más de lo que se nos “asignó al nacer”. La genética y la fisiología no nos definen. Todos pueden convertirse en una nueva persona. La forma en que naces no determina el final de tu historia. Todos pueden hacer una transición.

Si tienes la inquietante sensación de haber escuchado un argumento ligeramente similar a este mucho antes que apareciera en escena la narrativa LGBTQ moderna, probablemente no estés equivocado. Ya sea que hayas crecido en la iglesia o no, supongo que las siguientes palabras, escritas hace unos dos mil años, podrían permanecer guardadas entre los vagos recuerdos de tu infancia:

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

“... porque ustedes ya se han quitado la vieja naturaleza pecaminosa... Vístanse con la nueva naturaleza y se renovarán a medida que aprendan a conocer a su Creador” (Colosenses 3:9-10, NTV).

“... desháganse de su vieja naturaleza pecaminosa y de su antigua manera de vivir... En cambio, dejen que el Espíritu les renueve los pensamientos y las actitudes. Pónganse la nueva naturaleza” (Efesios 4:22-23, NTV).

“... hemos muerto y fuimos sepultados con Cristo mediante el bautismo... ahora nosotros también podemos vivir una vida nueva” (Romanos 6:4, NTV).

“Tienen que nacer de nuevo” (Juan 3:7, NTV).

Como verás, el “mensaje trans” no es nuevo. Ha existido durante al menos dos milenios, pero aquí está el problema: lo que escuchas de las élites culturales de hoy es una imitación muy mala y defectuosa del original.

Los clamores modernos por la “transición” se parecen a la “transformación” prometida en estos pasajes antiguos como se parecen los garabatos en crayón de un niño a la madurez de un Rembrandt. Claro, sí, hay indicios de una verdad más profunda en cada mentira (y tal vez cuanto más grande sea la mentira, mayor sea la alusión), pero no olvides lo que C. S. Lewis advirtió hace unos sesenta años. Dijo que somos necios por conformarnos tan fácilmente con barro cuando podemos obtener oro puro con solo pedirlo.

Todos conocemos, por intuición, la condición rota de nuestra biología. Todos comprendemos los defectos de nuestra naturaleza humana. Todos sabemos que el mal acecha en cada corazón humano. Todos reconocemos que lo que se nos “asignó al nacer” debe cambiar y convertirse en algo diferente, mejor y nuevo. El apóstol Pablo declara que estas verdades están escritas en cada corazón humano. G. K. Chesterton señaló que el hecho de que los humanos no son seres perfectos, nobles o buenos —sino que están rotos y necesitan restauración— es quizás la parte más comprobable de toda la teología cristiana.

Este deseo humano de cambiarse a sí mismo, de hacer una transición, es una historia tan antigua como el tiempo. Es el relato de la historia humana, el pecado humano y nuestra intuitiva necesidad de redención humana.

Sin embargo, esta es la cuestión: el verdadero cambio humano duradero y significativo nunca se encuentra en la dureza de nuestro corazón o en la debilidad de nuestras pasiones. “Parecería que nuestro Señor no encuentra nuestros deseos demasiado fuertes, sino demasiado débiles —escribe Lewis—. Somos criaturas desganadas, que pierden el tiempo con la bebida, el sexo y la ambición, cuando se nos ofrece una alegría infinita, como un niño ignorante que quiere seguir jugando con el barro en los suburbios, porque no puede imaginar lo que significa pasar unas vacaciones junto al mar. Nos conformamos con demasiada facilidad” (C. S. Lewis, *El peso de la gloria*).

Este libro trata sobre esas “vacaciones”. Es la historia de alguien que decidió no “conformarse con demasiada facilidad” a “seguir jugando con el barro”. Es la historia de una hermosa joven que me escribió esta nota el 12 de septiembre de 2016:

Hola, Dr. Piper, tenía muchas ganas de conocerlo, pero tal vez, al menos, pueda enviarle un mensaje... Lo he estado escuchando en la radio. Me convertí al cristianismo hace unos dos años. Sin embargo, yo era transgénero. Vivía como un hombre y me había sometido a varias cirugías y tratamientos con hormonas, y me había cambiado el nombre legal y el género. Sin embargo, durante varias semanas lo escuché hablar [en la radio] sobre [los errores de mi punto de vista]. Durante mucho tiempo, traté de justificarme. Quería ser un hombre de Dios. No obstante, [sus palabras] continuaban trayendo convicción de pecado a mi vida. Hace seis semanas, rendí

mi vida completamente a Cristo y volví a casa con mi familia y a mi iglesia local, como una mujer. La iglesia me ha recibido con los brazos abiertos, el Espíritu me está llenando y Dios me ayudó a llevar (por el impulso del Espíritu Santo) a la primera persona a Cristo hoy. ¡¡Aleluya!!

De todos modos, hoy solo quería animarlo. Nunca se sabe cómo [la verdad] puede tocar la vida de las personas, aunque por el momento parezca entrar por oídos sordos. Dios me permitió crecer en el cristianismo durante dos años antes de tener una verdadera convicción de pecado; pero ahora soy una nueva criatura en Cristo (2 Corintios 5:17).

En esencia, la historia de Laura trata sobre cómo cada uno de nosotros sabemos, en lo más profundo de nuestra alma, que lo que se nos “asignó al nacer” no es lo que debemos ser. Es el relato sobre una “vida nueva”. Es el diario sobre una “mente renovada” y un “nuevo ser”. Es la historia de alguien que llegó a ser una “nueva criatura”.

Este es un libro sobre una persona que ha decidido no conformarse tan fácilmente con el “barro” de sus pasiones, sino aceptar nada menos que el “oro” de cómo la define su Señor.

Es la historia de una persona verdaderamente *transformada*.

DR. EVERETT PIPER,
autor del éxito de ventas, *Not a Day Care*,
columnista, presentador de radio, ex presidente
de una universidad, conferencista

Introducción



*A*quí vamos de nuevo, suspiré a regañadientes mientras abría la puerta de un restaurante familiar de mi barrio. Una vez más tenía que enfrentarme a mis padres a quienes, durante años, les había estado ocultando secretos oscuros. Hasta ahora, había tenido bastante éxito en ocultar mis mentiras, pero ¿me descubrirían alguna vez? No estoy segura de que me importara. La verdad era que no tenía miedo de perder su amor, o eso pensaba. Su intromisión constante en mis asuntos era como una manta mojada sobre la vida licenciosa que disfrutaba lejos de su mirada crítica; pero, para mantener la paz, fui a cenar con ellos un sábado por la noche en lugar de pasar la noche con mi nuevo interés amoroso. Sin embargo, cada vez era más difícil ocultar los cambios más recientes en mi estilo de vida. Durante años, había estado ocultando infinidad de actos que los habría horrorizado, pero ahora los cambios eran innegables.

Era el 19 de julio de 2008. Unos nueve meses antes de aquella noche, me había embarcado en una nueva y emocionante aventura hacia la autorrealización como “hombre transgénero”. Después de meses de inyectarme cada dos semanas una fuerte dosis de testosterona, cortarme el cabello hasta dejarlo casi rapado y ahora usar fajas para ocultar mis senos, apenas me parecía a su hermosa niña.

Esa noche estaba a punto de ser descubierta, y el mundo entero de mis padres estaba a punto de derrumbarse como

una lámpara de cristal que se cae del techo y se hace añicos en un millón de pedazos irreconocibles. Mantuvimos una aburrida conversación durante algunos minutos; ninguno de nosotros quería tocar el tema tabú. ¿Quién sería el primero? Por fuera estaba tranquila y serena, pero en mi interior me retorcía de los nervios. ¿En serio podrían no haberse dado cuenta?

Después de un largo rato, mi papá se excusó para ir al baño. Mi mamá me miró y me preguntó con una mirada perpleja en su rostro: “Laura, ¿estás tratando de parecer un hombre?”.

Comencé a llorar. Me tomó por sorpresa mi propia reacción. Pensé que era una persona dura, y ciertamente no quería que me vieran como alguien sensible. *Odiaba* ser sensible. Estaba decidida a doblregar a toda costa esa parte débil de mí. No estoy segura de qué fue lo que me hizo llorar. Sinceramente, no me importaba lo que pensarán de mí. Así que asentí. *Sí, estaba tratando de parecer un hombre.*

La respuesta de mi madre en ese momento es una que desde entonces otros han considerado crítica, pero como verás en este libro, fue bien merecida y apropiada: “¿Cómo pudiste hacernos esto?”, gritó sin levantar la voz. No estaba segura de que eso fuera posible, pero no necesitaba levantar la voz para que yo supiera que estaba gritando. Empezó a interrogarme y hacerme otras preguntas. Podía sentir la ira hervir dentro de mí por tener que defender “quién era yo realmente” ante esta mujer que me apaleaba con la Biblia y me señalaba con el dedo acusador, a pesar de que ahora yo era una adulta de veinticinco años.

Me preguntó: “¿Estás en una relación con Tonya?”. Lo negué con la cabeza. Tonya había sido mi mejor amiga durante años. Sin que mi madre lo supiera, en realidad había intentado seducirla para que tuviera una relación conmigo varios meses antes, a pesar de saber que estaba en

relación con un hombre, que era el único padre que su hijo había conocido. Lamentablemente, no me importaba lo que era mejor para su familia; solo pensaba en mí. Lo veía como una competencia. Si hubiera podido ganarme a Tonya, me habría solidificado como hombre. Estaba convencida de que era un hombre por dentro, y quería ser un hombre normal, aunque eso significara tener una novia; pero la verdad era que no me atraían las mujeres, me atraían los hombres. A menudo le decía a la gente que, si tuviera que elegir entre mi “género masculino” y mi orientación sexual, habría elegido mil veces el género masculino. Quería erradicar permanentemente todo recuerdo de haber sido una muchacha. Me avergonzaba de ser mujer.

No, no estaba en una relación con Tonya; estaba en una relación con “Jackie”. Jackie era la pareja perfecta para mí, porque Jackie, en realidad, era Steve. Ambos éramos transgénero, pero de manera opuesta. Esto nos permitió vivir como una pareja heterosexual: nacimos con sexo opuesto por naturaleza y ahora vivíamos como transgénero con sexos opuestos. No mencioné en ese momento que Jackie y yo éramos transgénero. Cuando finalmente admití que estaba en una relación con ella, la expresión de horror, ahora pintada en el rostro de mi madre, solo alimentó la ira amarga que crecía en mí.

Me preguntó cómo conocí a Jackie, ya que nunca me había oído mencionarla antes. *Bueno —pensé— eso es porque no sabes a dónde he estado yendo y con quién he estado saliendo durante los últimos nueve meses.* Mentí sobre cómo la conocí. Había estado escondiendo por completo ese aspecto de mi vida. Fue un poco profético en cierto modo: mi vida no sería *más que* mentiras durante los próximos años.

Conocí a Jackie en el Centro de Igualdad donde yo asistía a reuniones de grupos de apoyo. Sin embargo, esas

reuniones fueron mucho más que un grupo de apoyo emocional. Fue allí donde descubrí que ser transgénero era posible (en realidad, no lo es, lo aprendí por las malas, pero te dicen que sí lo es) y aprendí el proceso que tendría que seguir para convertirme en hombre. En ese momento, a fines de 2007, el transgenerismo todavía estaba muy en las sombras, un tema tabú del que solo se hablaba en los círculos LGBT. No fue hasta unos años más tarde que sería un tema público.

Así que, ya no era ningún secreto que tenía una relación con otra “mujer”; no estaba dispuesta a admitir que Jackie, en realidad, era un hombre. En mi mente, eso hubiera sido admitir que era gay. Yo no era gay, y lo habría defendido hasta la muerte. Yo me consideraba un hombre heterosexual normal con novia. Para aclarar, no tenía ninguna animosidad hacia las personas en relaciones homosexuales, pero estaba desesperada por ser como mi hermano. Sentía muchos celos de él, porque siempre había pensado que mi mamá lo amaba más que a mí.

Mi mamá me miró con una intensidad demandante que no había visto desde mi adolescencia cuando vivía bajo su techo.

—Cuando regresemos a tu apartamento, se lo dirás a tu papá —ordenó.

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Sí, lo harás —espetó ella.

De alguna manera, recuperamos nuestra compostura cuando mi papá regresó a la mesa y pudimos terminar nuestra cena en paz.

Como de costumbre, me acompañaron a mi apartamento después de la cena para conversar un rato antes de ir a su casa a una hora de distancia. Esta vez, sin duda, iba a ser diferente, me temía. Esperaba que mi mamá lo dejara pasar. Fingí que nada había pasado y otra vez me puse a hablar de cosas triviales mientras deseaba que se fueran. De todos

modos, no sabían cuánto quería que se marcharan, aunque fuera una buena noche. ¿Tenían alguna idea de cuánto trabajo tuve que hacer antes que vinieran para ocultar la vida que realmente estaba viviendo? Era un inconveniente para la vida que giraba enteramente en torno a mí y mi felicidad. Así que, mientras estábamos sentados en un sofá que ellos me habían comprado para amoblar un apartamento que habían alquilado para mí, mi mamá miró a mi papá y dijo:

—Laura quiere decirte algo.

De nuevo, hice un gesto de negación con la cabeza.

—*Tú* vas a contárselo a tu papá —me dijo.

Ahora las lágrimas corrían por mi rostro. Les conté todo, incluso la parte que mi madre aún no había escuchado. Era hora de enfrentar las consecuencias.

Reuní todo el valor que pude. Para ellos, esta era la peor noticia que habían escuchado. Para mí, era todo lo que había esperado toda mi vida. Fue liberador decirlo en voz alta. La oposición extrema de nuestros puntos de vista chocó de frente cuando comencé: “Desde que era pequeña, he sentido que debería haber sido varón”. No creo que entendieran exactamente lo que quise decir con eso al principio, pero a medida que continué con mis divagaciones emocionales, finalmente llegué al hecho de que ahora estaba haciendo la transición para convertirme en un hombre. La respuesta de mi papá me enfureció: “Te cambié los pañales cuando eras un bebé; sé que eres una niña”.

Él no era consciente de cuánto me enojaba que me dijera eso. No podía saber cuánto odiaba ser mujer. Llevarme a



Yo era consciente del hecho de que había nacido mujer, pero ahora estaba decidida a cambiarlo, a corregirlo.



enfrentar la realidad de mis propios genitales me dio ganas de vomitar; ya no podía soportar el hecho de que había nacido niña. Y él no entendía que transgénero significaba “nacer en el cuerpo equivocado”. Yo era consciente de que había nacido mujer, pero ahora estaba decidida a cambiarlo, a corregirlo. Me exigieron que renunciara a todas estas tonterías y que buscara consejería cristiana.

Me llené de tanta ira, que mis emociones se desbordaron de mis oídos como el vapor de una locomotora. Estaba muy enojada de que negaran quién era yo por dentro. ¿Por qué no podían sentirse felices por mí? Las personas de la comunidad LGBT me decían cuánto me amaban, y lo maravillosa y valiente que era. ¿Por qué mis propios padres no podían amarme también? Ahora comencé a ver que su amor era condicional, basado en mi voluntad de obedecer sus reglas. Sin embargo, este era mi momento decisivo: mi posición estaba marcada, y no estaba dispuesta a ceder.

Esta es la historia de cómo la sublime gracia del Señor redimió a una infeliz como yo, y trajo a casa a esta niña perdida.

CAPÍTULO 1

El choque con una niña de voluntad firme

Mi historia comienza en un lugar muy oscuro y solitario, sin ninguna interacción o conversación externa. Era un lugar al que nadie más podía entrar y del que yo no podía escapar voluntariamente: el útero. Ahora bien, sí, reconozco que todos comenzamos allí en algún momento. Sin embargo, ¡yo era un bebé milagro! Ya con dos hijos, mis padres habían decidido tener solo uno más. Si no hubiera sido por dos abortos espontáneos entre mi hermano y yo, yo no habría existido. Por supuesto, mis padres lo siguieron intentando después de perder al primer bebé, pero con el segundo aborto espontáneo, mi madre sufrió una hemorragia y casi pierde la vida. Después de salvarse de las heladas garras de la muerte y que le dijeran que era demasiado peligroso que tuviera más hijos, unos meses después decidió que le ligaran las trompas. Sin embargo, antes del procedimiento, como una medida precautoria de rutina, le hicieron una prueba de embarazo. Mi madre se quedó atónita al descubrir que estaba embarazada. ¡Una sorpresa!

Si uno de los abortos espontáneos hubiera llegado a término, habría otro varón en la familia en mi lugar. Si a mi madre le hubieran atado las trompas solo un par de semanas antes, no me habrían concebido. Por sorpresa, ella estaba embarazada, y nueve meses después hice mi gran entrada al mundo. Y creo que entré de lleno.

Yo era una niña hiperactiva, atlética, inquieta, llena de energía y entusiasmo. Se podría decir obstinada o de voluntad firme (como parecía indicar la creciente colección de libros para padres que cubrían la mesa auxiliar de nuestra sala), pero eso le daría un tono negativo, que a menudo es como yo lo veía. Recuerdo, en varias ocasiones, escuchar a mi madre desahogar exasperadamente todas sus frustraciones reprimidas sobre mí, y expresar: “¡Laura es una niña muy obstinada y de voluntad firme!”. O “¡Laura es una niña muy difícil de criar!”. En realidad, no estoy segura de que fueran palabras tan fuertes. Yo era extremadamente obstinada y estaba decidida a hacer las cosas a mi manera. A menudo decían que discutía hasta con un poste.

Recuerdo que, una mañana en particular, mi papá quería ayudarme a hacer mi cama. Yo ya tenía seis años, y él no parecía entender lo *madura* que era. Dije: “¡Lo haré sola!”. Cuando insistió en ayudar, tuve una rabieta terrible y grité: “¡No necesito ayuda, lo haré sola!”.

LA MANCHA DE BARRO

Para entender mi historia, tienes que saber algo de la historia de mi mamá. Mi madre era todo lo contrario a mí en muchos sentidos. Ella solía decir que mi papá y yo éramos como “dos gotas de agua”; en cambio, mi mamá y yo éramos como el agua y el aceite. Mi mamá pasó al frente al final de un servicio de la iglesia para pedir a Jesús que entrara a su corazón a la tierna edad de ocho años, y todavía recuerda la convicción de pecado que el Espíritu Santo produjo en ella y la

revelación de su necesidad del Salvador. Criada en una iglesia bautista fundamentalista y rigurosa, Francine rápidamente comenzó a servir en “la obra de Dios”.

Lo que empezó como un deseo genuino de agradar al Señor dio inicio a una rutina agotadora de servicio para tratar de ganarse el favor de Dios, que duraría más de cincuenta años. Cuando ella era adolescente, acompañaba con frecuencia a su padre a varias obras misioneras y hogares de ancianos para tocar el piano, mientras él cantaba para entretener a los enfermos y desvalidos. A menudo, su padre tenía tres trabajos y pasaba la mayor parte del tiempo libre haciendo algún tipo de servicio “misional”. Él también se estaba agotando para agradar a Dios. Mi mamá tomó el relevo y empezó la adultez con una carrera de velocidad y una pancarta que flameaba detrás de ella con las palabras: “¡Yo puedo con esto!”. Eso se convirtió en su mantra. Cuando la vida se volvía pesada o extenuante, era simplemente cuestión de “esforzarse más” para vivir la vida cristiana.

Cuando se cansaba y se agotaba en su servicio al Señor, los pastores la alentaban a “esforzarse más”. Entonces, redoblaba su determinación y, superándose a sí misma, se levantaba y “se esforzaba más”.

Varios años más tarde, como ella me ha contado, estaba nuevamente bajo el dedo acusador de una iglesia legalista. En una ocasión, cuando mis padres junto con otras dos parejas estaban tratando de organizar un almuerzo de confraternidad en la iglesia, el pastor predicó un sermón “condenatorio”, que parecía estar dirigido a ellos, donde censuraba su deseo de tener un almuerzo de confraternidad en la casa de Dios. Ya sentían suficiente culpa por el sermón, cuando, solo unos días después, mi madre perdió a su primer bebé, Jeffrey. Esto, creía ella, era un castigo de Dios por no cumplir con las reglas de la iglesia. El pastor se presentó en el hospital para orar por ellos con un tono que parecía transmitir “se lo dije”.

Dejaron esa iglesia y comenzaron a asistir a una mejor, o al menos con un pastor más compasivo, a unos pocos kilómetros de distancia. Francine estaba decidida a no volver a desagradar a Dios y comenzó a trabajar aún más duro. Si tenía un momento libre, tenía que estar haciendo algo que pareciera espiritual.

Sus dos primeros hijos fueron tranquilos y obedientes, lo que los convertía en la familia modelo, estoy segura. Yo era como la mancha de barro en una ventana limpia y reluciente. Era difícil mantener la imagen cristiana perfecta con una niña salvaje y revoltosa, a la que debía llevar al baño durante el servicio para corregir su comportamiento a mitad de la predicación. ¿No entendían lo *aburrida* que era la iglesia? En comparación con practicar los diversos deportes que disfrutaba, ir a la iglesia era tan emocionante como ver cómo se seca la pintura. Incluso, nunca me interesó mucho ir a la iglesia, ni siquiera por las actividades para niños. Estaba cansada de que me dijeran que me callara, que me sentara y que actuara como una dama. Era una hazaña tan imposible para mí, que cuando una vez gané el “juego de hacer silencio” en la escuela dominical, mis padres pensaron que estaba mintiendo hasta que mi maestra se lo confirmó unos momentos después. La sorpresa de mis padres era muy lógica. Nunca me caractericé por ser callada. Sin embargo, reveló mi obstinación de voluntad firme, ya que quería ganar más de lo que odiaba estar callada.

En una familia de enérgicos extrovertidos, esta personalidad podría haber encajado bien, pero no en la nuestra. Me sentía como sapo de otro pozo, como si fuera solo una espectadora de mi propia familia. Con una diferencia de edad de ocho años entre mi hermana y yo, teníamos poca interacción y nada en común. Ella era una persona motivada y disciplinada, y yo era como un toro en una tienda de porcelana en medio de su vida ordenada. Se fue de casa a la

universidad cuando yo tenía solo diez años, así que lamentablemente era como si viviéramos en mundos totalmente distintos. Sin embargo, tanto mi hermano, que tenía seis años más que yo, como mi padre, eran cariñosos y pasaban mucho tiempo jugando conmigo. No podía negar que yo era la niña de papá. Puede que él no fuera tan hiperactivo como yo, pero definitivamente estábamos cortados por la misma tijera. No obstante, algo en el fondo me hacía sentir que no pertenecía.

COMPETIR POR AMOR

Mientras tanto, mi madre comenzaba a tener problemas de salud. Se estaba agotando por tratar de ser una supercristiana en todas las obras que hacía: se estaba cavando su propia fosa prematura por querer participar de cada comité, tocar el piano para los coros de adultos y jóvenes, patrocinar los viajes del coro de jóvenes, enseñar en la escuela dominical y la lista podría continuar. Esto se sumaba a su trabajo de medio tiempo y al cuidado de una casa con mucho trajín en la que ella misma cocinaba y limpiaba. Esta supermamá autosuficiente no necesitaba de nuestra ayuda. Recuerdo tener que hacer muy pocas tareas cuando era niña, porque “¡mamá podía hacerlo!”.

Tiene sentido ahora, aunque no lo tenía en ese momento, por qué mamá realmente no me quería cerca. Ahora entiendo que ella me amaba mucho más de lo que imaginaba. Si bien quería que su amor incluyera pasar mucho tiempo conmigo como lo hacía mi papá, en lugar de eso, ella pasaba todo su tiempo haciendo cosas *para* mí. Esto incluía horas de investigación sobre mis frecuentes problemas de salud que comenzaban a surgir. Nací con un sistema inmunológico débil, que me llevó a faltar más de treinta días al jardín de infantes. Sin embargo, cuando quería pasar tiempo con ella, mis inquietos intentos por estar a su lado a menudo

se encontraban con “estoy demasiado cansada” o “¡eres muy molesta!”. De hecho, escuché que era molesta tantas veces, que no fue hasta mucho después de la universidad que pude ver que no molestaba a los demás; fue un miedo constante que había asolado gran parte de mi vida. Al mirar atrás, veo que yo *era* molesta. Era hiperactiva y exigía atención constante, pero en lugar de ver eso como un comportamiento que necesitaba corregir, lo internalicé como algo que estaba mal conmigo.

Mi hermano, en cambio, que era extremadamente callado y obediente (al punto de que casi nunca hablaba, mi hermana muchas veces hablaba por él), obtenía resultados muy diferentes de mi mamá cuando le expresaba su amor. Recuerdo una vez que traté de abrazarla. Ella se encogió de

hombros y dijo: “Suéltame, estoy cansada”. Me fui triste con la cabeza inclinada, pero me sentí humillada por su reacción cuando mi hermano apareció solo unos minutos después. Él la abrazó como yo lo había hecho, y ella se iluminó como un árbol de Navidad y exclamó: “¡Oh, Bud, te amo!”, y le dio unas palmaditas en la mano. A menudo escuchaba cosas como: “Las niñas suelen ser más apegadas al papá, y los varones prefieren a la mamá”. Probablemente, sea cierto. Mi papá siempre había expresado mucho amor por mí. Yo era su “pequeño ángel” o “la niña de papá”. Mi mamá parecía estar de acuerdo con el hecho de que yo era más apegada a mi papá y no a ella, pero no era así. Yo anhelaba su amor.

No podía entender que se trataba de una diferencia de personalidad. Tampoco entendía cuánto se había sacrificado mi madre por mí y cuánto hacía por mí. Me volví una niña



Comencé a desear haber sido uno de mis hermanos. Tal vez mamá me hubiera amado más si hubiera nacido varón.



amargada y celosa de mi hermano. Empecé a creer que mi mamá amaba a los varones y no a las niñas. Después de enterarme de que sus dos abortos espontáneos antes que yo naciera habían sido varones, comencé a sufrir la culpa del sobreviviente: ¿por qué yo? Recuerdo que cuando me enteré por primera vez dije: “¡Oh, si mis hermanos hubieran vivido, habríamos sido cinco hijos en la familia!”, pero uno de mis padres me corrigió y dijo: “No, probablemente no hubiéramos tenido más hijos si alguno de ellos hubiera vivido. Planificábamos tener solo tres hijos”.

Lo que probablemente quisieron que yo percibiera como la maravillosa revelación de que Dios me había elegido y tenía un gran propósito para mi vida resultó ser una avalancha de emociones encontradas. Sentí que era una hija no deseada, o tal vez deseada solo porque los otros dos habían muerto. Yo no debí haber nacido. Y lo que mis padres dijeron con la intención de hacerme sentir especial se convirtió en desprecio por mí misma. Si Dios había planeado que yo viviera, mis hermanos murieron por mi culpa. No podía entenderlo todo o tenerlo claro en mi mente, pero comencé a desear haber sido uno de mis hermanos. Tal vez, entonces, no habría sido tan molesta. Tal vez mamá me hubiera amado más si hubiera nacido varón.

CAPÍTULO 2

La búsqueda de significado

A la tierna edad de ocho años, cuando estos sentimientos comenzaban a aflorar, estaba jugando en la casa de mi mejor amiga cuando su hermano, solo un año mayor que yo, me llevó al baño. Lo que pensé que era un simple “te mostraré mis partes íntimas si me muestras las tuyas” se convirtió rápidamente en una experiencia completamente distinta, que alteraría gravemente el curso de mi vida. Abusó de mí, y mi mente joven e impresionable se abrió a un mundo de placer, que nunca antes había conocido. Quería con todo mi ser expresar enojo o miedo tal como habían respondido las niñas abusadas sexualmente, que había visto en la televisión. En cambio, lo disfruté y me culpé porque sabía que estaba mal. Llevé la culpa y la vergüenza toda mi vida por lo bien que me había sentido ese día, hasta casi los treinta y tres años, cuando finalmente le confesé a mi madre lo que había sucedido.

Al día siguiente, regresé a su casa y le pedí que lo hiciera de nuevo, pero me sorprendió cuando se negó. Tenía miedo de que nos atraparan, y dijo: “Además, así se hacen los bebés.

¡No quiero que quedes embarazada!”. Me quedé atónita con esa información. Yo vivía en una burbuja de cristal en comparación con él. Sin saber nada sobre el embarazo, la pubertad o la gestación, pasé los siguientes dos años preguntándome si estaba embarazada.

Ahora le tenía mucha envidia. Veía que los varones tenían el poder de retener ese don increíble. Mis celos de los varones en general iban en aumento. De hecho, tuve una relación maravillosa con mi padre cuando era niña hasta el punto de ser “carne y uña”, como decía la mayoría. Sin embargo, estaba cegada por los celos a causa del amor que no podía tener.

También comencé a despreciar el hecho de ser una niña. Veía a las mujeres como personas débiles y sin amor, algo que los hombres usaban y desechaban. La relación con mi mamá y mi hermana era distante. Además de las tensas relaciones femeninas en mi casa, no me llevaba bien con las niñas de la escuela y, a menudo, sentía que no era “una de ellas”. Esto se debía en parte a que yo era poco femenina y disfrutaba más del atletismo que de las muñecas y las cosas de niñas, mientras que a la mayoría de las niñas les gustaba conversar. Al haber escuchado tanto en casa que yo era molesta, a menudo me preguntaba qué pensarían los demás de mí mientras hablábamos.

Por lo general, me sentía fuera de lugar y rara vez me sentía cómoda en mi propia piel. Cada vez que tenía la oportunidad, comenzaba a fingir que era un varón. Lo manifestaba de varias maneras: jugaba fútbol con los varones en el recreo, me vestía con ropa usada de mi hermano e incluso trataba de imitar la forma en que los varones se ponen de pie delante del inodoro para orinar. Me imaginaba ser como los personajes masculinos de los videojuegos, así como los de las historias que yo escribía.

En particular, solía escribir historias en las que salvaba abnegadamente a mi hermano menor (inspirado en mi osito

de peluche, Chris) de padres abusivos. En mis historias, atravesábamos a pie cientos de kilómetros de bosques y montañas nevadas para llegar a un hogar social en Massachusetts, donde siempre nos amarían y podríamos hacer todo lo que quisiéramos. La ironía de esas historias es que muchos años después, cuando tenía diecisiete años, mis padres me dejaron en un hogar social en Montana y me obligaron a vivir allí en contra de mi voluntad. Todos esos años de fantasear con vivir en un hogar social se cumplieron en un cruel giro del destino: no solo me obligaron a vivir como una mujer, sino también como una cristiana. Sin embargo, pasarían muchos años, y mucha rebelión de mi parte, antes de llegar a ese punto. Mi familia a menudo se preocupaba por mi apego antinatural a ese oso de peluche al que me aferré incluso en mis años universitarios. La verdad es que ese oso era la única “persona” en todo el mundo que conocía mis secretos. Me conocía como varón: conocía mi verdadero yo. De hecho, no fue hasta que comencé a hacer la transición a una identidad masculina, que finalmente puse el oso en el estante.

De hecho, quizás fueron esas historias las que contribuyeron a mi creencia profundamente arraigada de que yo era un varón. Puedo ver dónde comenzaron esos pensamientos, pero, por otro lado, pasé numerosas noches escribiendo y fantaseando sobre mí misma como un varón. Y no solo como un varón común y corriente, sino uno heroico al que su hermano pequeño necesitaba desesperadamente. Este otro yo me permitía escapar de la realidad de quién era yo. Podría parecer inocente, pero no lo era. Me robaron la inocencia el día que abusaron de mí.

PROBLEMAS DE SOBREPESO

Al año siguiente, cuando tenía nueve años, un varón de trece comenzó a enseñarme varias cosas sexuales. Nuestros hermanos mayores jugaban fútbol juntos, y ambos asistimos al

partido ese día. El niño me pidió que diera un paseo con él por el bosque cercano. Se sorprendió de que solo tuviera nueve años, ya que parecía mucho mayor. Sin ninguna intimidación por mi corta edad, empezamos a besarnos. Me sentí tan culpable por lo que había hecho, que no pude mirar a mi papá a los ojos cuando regresamos. Estaba segura de que, de alguna manera, él lo sabía. Bebí tanta agua como pude, por miedo a que mi padre pudiera oler el aliento de ese chico en mí. Mientras conducíamos a casa, por primera vez en mi vida no podía esperar para alejarme de la persona que tanto me amaba. Tal vez fue la culpa de ese incidente lo que comenzó a abrir una brecha entre mi padre y yo. Me sentía sucia.

Aunque nunca llegué tan lejos como la primera vez, me estaba volviendo adicta a sentirme bien sexualmente. Empecé a buscar experiencias sexuales e incluso trataba de seducir a mis amigos, tanto varones como mujeres, cada vez que se presentaba la oportunidad. Afortunadamente, por la gracia de Dios, aumenté mucho de peso cuando tenía doce años, y estoy convencida de que eso me impidió lastimar a muchos otros niños o tener una relación abusiva con un pedófilo. Sin embargo, para mi vergüenza, recuerdo haber abusado sexualmente de al menos dos de mis amigos antes de ese momento, y continuaría siendo demasiado promiscua en mi adolescencia. Además, expuse a varios otros niños a pensamientos o ideas sexuales.

Empecé a fantasear cada vez más con cosas sexuales. Estaba desesperada por experimentar el sexo otra vez; pero alrededor de los trece años, mi vida comenzó a ir cuesta abajo. Ahora había quedado totalmente afuera del radar de los varones. Ya eran demasiado mayores para quererme como amiga, y yo tenía demasiado sobrepeso para que me buscaran como novia. Aquellos que mostraban algún interés en mí eran objeto de burlas sin descanso por salir con una chica

gorda. No podían saber la profundidad del dolor que sentía por mi sobrepeso. A diferencia de otros con sobrepeso, yo no consumía mucha comida chatarra. Mi mamá nos había puesto a todos en una dieta bastante estricta, y yo hacía mucho ejercicio, la mayor parte del tiempo practicaba varios deportes. Sin embargo, seguía aumentando de peso.

Al acecho, bajo la superficie de mi sobrepeso externo, había un problema mucho más serio: las hormonas. Además de mi sistema inmunológico débil y mi tiroides de bajo funcionamiento, mi sistema femenino no funcionaba bien. Lo cual estaba bien conmigo, pues no quería que funcionara. Comencé con mi primer ciclo menstrual cuando apenas tenía diez años en una competencia de ejercicios bíblicos, un día que llevaba puestos unos pantalones cortos de color caqui. Me sentí tan humillada ese día, que nunca más quise que esa parte de mi cuerpo volviera a funcionar. Odiaba mi sistema femenino. Así que, para mi deleite, años más tarde comencé a experimentar problemas que me llevaron a tener cada vez menos ciclos menstruales. Mi mamá, la siempre lista Sra. Remedios, también estaba decidida a remediar esto. Le supliqué que no le diera importancia; pero, en lugar de eso, me llevó a un médico tras otro, me sometió a exámenes y probó con diferentes medicamentos. Esas humillantes visitas a menudo implicaban hablar con extraños sobre una parte de mí que estaba tratando de fingir que no existía. Si bien ahora reconozco que fue un acto de amor que tratara de buscar un remedio para mi sistema femenino (que, a pesar de mis sentimientos, era lo correcto), me enojaba y me amargaba. No quiero decir que preferiría que no hubiera intentado buscar un remedio, sino que hubiera querido que intentara descubrir por qué estaba tan decidida a dejar que no funcionara.

Un médico que parecía no tener buen trato con los pacientes, o que tal vez se había olvidado del lado humano de sus pacientes, me dijo que tendría dificultades para

quedar embarazada. Habría sido difícil de escuchar para una mujer adulta, pero yo solo tenía catorce años. Estaba devastada. Me habían diagnosticado síndrome de ovario poliquístico (SOP). Por mucho que no quería ser una mujer, estaba indignada porque tenía que pasar por todo eso y ni siquiera iba a poder tener hijos. Estaba más decidida que nunca a no querer tener nada que ver con el sistema reproductor femenino, pero mi mamá no lo dejaría así. Ella sabía que no era saludable para mí dejar ese problema sin tratar. Y, además del mal funcionamiento de mi sistema reproductor femenino, sentía un fuerte dolor abdominal todos los días. Esos episodios, que llamamos “ataques estomacales”, eran tan graves que en ocasiones me caía de la silla y me retorció en el piso. A menudo comenzaban a media mañana y, por lo general, duraban hasta alrededor de las seis de la tarde.

Durante ese año, me volví cada vez más suicida. No solo soportaba un dolor extremo todos los días, sino que no era de las chicas populares, tenía mucho sobrepeso y pocos amigos. Una noche, el sufrimiento emocional era tan abrumador que me dio un fuerte dolor de cabeza de tanto llorar. Fui al botiquín, abrí un frasco de analgésicos y me puse un puñado entero (alrededor de una docena) en la boca. Realmente no pensé que me mataría, aunque esperaba que lo hiciera, pero no teníamos nada más fuerte en la casa, que yo supiera. Solo quería que el dolor desapareciera, pero en lugar de eso, terminé con un fuerte dolor de estómago.

Al año siguiente, mi vida pareció dar un giro providencial, y pensaba que seguramente ahora sería capaz de escapar de este par de años dolorosos e incómodos y fingir que nunca habían sucedido. Me había integrado a un equipo de fútbol mucho más competitivo, y descubrí que al correr mucho por fin podía perder peso. Ahora no solo jugaba fútbol competitivo, sino que también me había reincorporado al equipo de

natación y además estaba en el equipo de atletismo. Este equipo me había expuesto a un mundo maravilloso completamente nuevo del que nunca había tenido conocimiento, y era como si me hubieran recreado. De repente, me encontraba dentro del “grupo popular”. ¡No podía creerlo! Comencé a almorzar con los más populares de la escuela y tenía más amigos de los que probablemente había tenido en toda mi vida. Los chicos más lindos de la escuela ahora me prestaban atención.

DENTRO DEL GRUPO POPULAR, FUERA DE LA IGLESIA

Durante estos años de secundaria, nuestro grupo de jóvenes de la iglesia estaba comenzando a pasar por su momento más difícil en la historia reciente de la iglesia. Cuando entré al grupo de jóvenes en séptimo grado, le pidieron a nuestro ministro de jóvenes que abandonara la iglesia. Nuestro ministro de música se hizo cargo también de dirigir el grupo de jóvenes, pero al no estar capacitado en el cuidado pastoral, se concentraba mucho más en la diversión que en el discipulado. Cuando él también se fue de la iglesia, pusieron a cargo a un joven pasante. Aunque lo amábamos, tuvo que regresar a la universidad y nuevamente nos quedamos sin un ministro de jóvenes. Mientras tanto, el grupo de jóvenes se estaba desintegrando. La mayoría de nosotros no conocíamos al Señor personalmente. Muchos de los jóvenes bebían e iban a fiestas el sábado por la noche, y luego asistían al grupo de jóvenes los domingos y miércoles por la noche como si fueran muy espirituales. Nuestro grupo de jóvenes llegó a conocerse como el mayor grupo de hipócritas de la ciudad. Las relaciones dentro del grupo se habían vuelto exclusivistas, y los de afuera no eran bienvenidos.

Empecé a buscar otro grupo de jóvenes de iglesia donde me sintiera parte. Visité varios con mis nuevos amigos

populares de la escuela, pero descubrí que sus grupos de jóvenes estaban espiritualmente tan vacíos y eran tan falsos como el mío. Curiosamente, el grupo al que asistían mis amigos populares de la escuela era el que menos me gustaba. Era una especie de club social para los adolescentes de las familias acomodadas de la ciudad, y aunque me permitían asistir, nunca llegaría a ser “uno de ellos”.

Justo cuando esta nueva identidad popular parecía ser mi verdadero yo, “me movieron el piso”. Un día me di cuenta de que, mientras nos dirigíamos a un almuerzo escolar fuera del campus, todos mis amigos se fueron sin mí, aunque les pedí que me esperaran. Traté de pasarlo por alto y pensar que simplemente no se habían dado cuenta de que se habían ido sin mí. Sin embargo, unos meses más tarde supe que había sido intencional cuando una de mis “amigas” se rio de mí cuando le di un regalo de Navidad. Ella y una amiga se alejaron, riéndose por lo bajo, de cómo había pensado que éramos amigas. Descubrí que otra de mis amigas era amable conmigo solo porque su mayor objetivo en la vida era ser la reina de la fiesta de bienvenida. Trataba desesperadamente de mantener mi estatus con ellos y asistir a su grupo de jóvenes, pero con el tiempo tuve que enfrentar el hecho de que tampoco era bienvenida allí. Simplemente, no era uno de ellos.

Me alejé del grupo popular y renuncié al equipo de atletismo, y busqué refugio en las chicas de mi equipo de fútbol, un grupo más humilde, que parecían tener los pies sobre la tierra. Finalmente, me sentí parte. Podía relacionarme con chicas del grupo de fútbol. Una noche, en octavo grado, tuvimos una fiesta de pijamas en la casa de una de las chicas, que también asistía a mi iglesia. Ese era, sin duda, un entorno seguro; pero allí me llevarían por un camino aún más oscuro. Esa noche estuve expuesta a lo que parecía una diversión inocente, pero abrió mi vida a fuerzas espirituales oscuras. Me sorprendí cuando mi amiga sacó una tabla

Ouija de su armario. Sé que muchas personas pueden burlarse de esa tontería y afirmar que es solo un juego, pero esa noche creo que los demonios reales entraron en mi vida y quedó demasiado evidente en los próximos años.

Además de la tabla Ouija, intentamos realizar hechizos que habíamos visto en una película. Cuatro chicas de catorce años pudimos levitar con éxito a nuestra compañera de equipo con solo tocarla levemente con la punta de los dedos. No podía explicar cómo había funcionado a no ser que hubiera demonios reales en la habitación con nosotras aquella noche.

Resulta ser que se quedarían conmigo por mucho más tiempo que solo aquella noche.

